... Psicología evolutiva, guión número 4. El ambiente familiar, segunda parte. El ambiente familiar, segunda parte. Se ha hablado de la presencia de los padres en el hogar, pero los efectos de esa presencia sobre el niño dependen de las características de la personalidad de los padres. La presencia de una madre depresiva,

o perpetuamente descontenta, producirá efectos distintos que la de una madre optimista y ferviente. Lógicamente, los padres inquietos y mudables producirán menos seguridad en el niño que los padres estables y constantes. Cierto número de relaciones entre las variables o factores de la personalidad de los padres, por una parte, y la actitud educativa de estos o el comportamiento de sus hijos, por otra, se han manifestado mediante diversas investigaciones sin que la naturaleza exacta de la relación hallada se explique siempre con claridad. Veamos algunas de estas variables o factores más importantes. Factores de origen. Se entiende que son los elementos relativos a la propia infancia de los padres, su pertenencia nacional y cultural, el ambiente socioeconómico del que han salido, el grado de instrucción y la calidad de su educación, la naturaleza de sus relaciones familiares, los recuerdos de infancia y las imágenes parentales. Existe siempre en los

padres la tendencia a actuar con sus hijos como se actuó con ellos mismos o a tomar una actitud exactamente opuesta. Baruch ha establecido la existencia de una relación entre la cualidad del ambiente familiar del que provienen los padres y la adaptación comportamental de sus hijos. Esta relación parece ampliamente confirmada por experiencia clínica. Otro factor es el marco de referencia sociocultural de los padres. Este factor lo integran las convicciones religiosas o filosóficas, su manera de considerar las relaciones humanas y la moral, incluso las opciones, sus opiniones conservadoras o progresistas, autoritarias o liberales, la naturaleza de las ocupaciones, del ocio de los padres, sus hobbies. Todos estos elementos repercuten en la manera de ser de los padres y ejercen una influencia más o menos profunda en el marco familiar. Pero son sobre todo los rasgos de la personalidad de los padres.

Una componente ansiosa o obsesiva, una tendencia exageradamente sumista o dominadora, el temperamento generoso y sintónico, los que impregnan muy profundamente la vida del grupo familiar, la calidad de los intercambios afectivos y la naturaleza de las experiencias que vive el niño y suscitan en él toda clase de comportamientos reactivos. Otro factor importante es la edad de los padres. Es evidente que no se organiza lo mismo la vida familiar y la conducta con los hijos no es la misma cuando los padres son muy jóvenes que cuando son más maduros. Y en una misma familia, el niño más pequeño, con seis o siete años de diferencia con el hermano, puede vivir en un ambiente psicológico muy diferente del que ha conocido su hermano mayor a la misma edad. También hay que tener en cuenta que el adulto evoluciona y se transforma. Estos factores individuales de los que acabamos de hablar conciernen a cada uno de los padres y, por lo tanto, el niño está bajo la influencia simultánea de dos personas.

que pueden ser relativamente semejantes o complementarias, pero que también pueden ser muy divergentes. Cabe pensar que la manera de que estas personalidades interactúen y colaboren constituye un componente importante del ambiente. La relación entre los miembros es fundamental el clima psicológico del hogar en el que se desenvuelve el niño y que contribuye, inclusive, a orientar este desarrollo según ciertas dimensiones esenciales.

Hoffman y Lippitt, comentando diversas investigaciones referentes a la relación entre los miembros

a ese aspecto, subrayan que el niño no parece en absoluto indiferente a lo que percibe de la distribución del poder entre los esposos. Esta distribución puede ser de naturaleza que influencie sus identificaciones con uno u otro de sus padres. Los varones parecen más inclinados a testimoniar preferencia por el padre más dominante, en tanto que las hembras se orientan más hacia el progenitor que aparece no dominante. El niño tampoco es insensible al reparto de las tareas y las responsabilidades entre los dos progenitores. Este reparto de tareas le proporciona una primera identificación concerniente a los papeles masculino y femenino y contribuye así a su propia definición como perteneciente a uno u otro sexo, con lo que cada uno de ellos comporta eventualmente de atrayente o repugnante. En cuanto a la relación afectiva,

que existe entre sus padres, ésta actúa verosímilmente en planos diversos. Por una parte, proporciona al niño una información directa acerca de su propio papel como muchacho o como muchacha. Le instruye sobre la manera en que los sexos se comportan entre sí y sobre el valor que cada uno tiene para el otro. Por otro lado, esta relación condiciona sin duda, y en una parte no despreciable, la actitud de cada uno de los cónyuges respecto al niño. Finalmente, la naturaleza de esa relación está en estrecha proporción con el sentimiento que tenga el niño de su propia seguridad. El problema del efecto de los conflictos conyugales es de una naturaleza que debe ocupar particularmente la atención. Sea cual sea el grado del conflicto o su intensidad, hay razones para pensar que el niño es siempre particularmente sensible a ellos. No es raro encontrar huellas de la disensión conyugal al nivel de la relación con el otro.

de proyecciones del niño, incluso cuando el conflicto no tenga nada de espectacular. En cuanto a las perturbaciones manifiestas y profundas de la relación conyugal, se admite en general que provocan serias perturbaciones de adaptación psicológica del niño, bien porque éste, sintiéndose en cierto modo dividido entre sus padres, experimente la amenaza del derrumbamiento de las condiciones de su seguridad, bien porque se convierta en cabeza de turco de los dos o de uno de sus progenitores, o se sienta por ello rechazado, bien porque se vea promovido a la categoría de consolador y de soporte afectivo de uno de ellos. La manera en que los padres consideran el proceso educativo y su papel parental constituye un último componente de la relación psicológica. La manera en que los padres consideran el proceso educativo y su papel parental constituye un último componente de la relación psicológica. Se imponen dos observaciones preliminares.

Ante todo, que las actitudes de los padres pueden coincidir más o menos y armonizarse, pero en realidad son esas actitudes, con frecuencia divergentes y contradictorias, las que complican sin duda las cosas para el niño, sin que constituyan en pero de modo necesario un obstáculo, ya que esas divergencias se mantienen dentro de ciertos límites. En segundo lugar, ha de recordarse que no siempre son los principios conscientes más o menos razonados los que orientan el comportamiento de los padres, sino que a menudo esos principios son racionalizaciones o justificaciones de actitudes cuyo origen es mucho más profundo y escapa al razonamiento. De cualquier modo, lo vivido por el niño depende más del comportamiento concreto de los padres que de los principios o las teorías que ostenten. En ese comportamiento... Tal vez pudiéramos distinguir dos series de fenómenos en los que

tengan su raíz los comportamientos del adulto con el niño. Por una parte, las actitudes de los padres.

del individuo en relación a la paternidad o la maternidad, respecto a la infancia en general y el concepto que se forma de los papeles parentales, de la familia y de la vida familiar, y, por otra parte, las reacciones profundas que suscita en los padres un niño determinado, lo que ese niño significa para ello. El hecho de ser padre o madre modifica profundamente el estatuto personal del adulto. El adulto se encuentra repentinamente investido de una función que hasta entonces sólo concernía a otros. La misma idea de paternidad o maternidad no deja de suscitar toda clase de sentimientos de resonancias del pasado, de reanimar las imágenes que se hicieran de sus propios padres. El individuo se encuentra de pronto situado por entero al lado de los adultos, con responsabilidades que quizá le valoricen y le exalten, pero que seguramente restringirán de modo considerable su libertad. Puede el adulto percibir en el niño la promesa de completar su personalidad.

pero también una amenaza a su propia expansión. La relación entre los cónyuges se verá modificada aunque el niño le dé una significación peculiar. El individuo tiene ideas preconcebidas y estereotipadas respecto a la nueva experiencia de su paternidad o maternidad y esta experiencia despierta toda una gama de reacciones psicológicas. Posee también estereotipias concernientes a la naturaleza del papel de padre o madre. En nuestra sociedad occidental, una perspectiva tradicional tendía a atribuir al padre, por un lado, y a la madre, por otro, funciones muy específicas y casi inmutables, pero las transformaciones de la vida social y especialmente la evolución del estatuto de la mujer han tenido por resultado poner en tela de juicio las imágenes tradicionales. La distribución de los papeles familiares y la dispersión de los cónyuges en las diversas tareas cotidianas ha adquirido un nuevo carácter al que a muchos les cuesta gran trabajo adaptarse a la vida social. De ello, pueden resultar

resultar incertidumbres y choques que perturban el comportamiento de los padres y la atmósfera del hogar. Pero los individuos también tienen su imagen más o menos estereotipada de lo que debe ser la vida familiar en sí. Cada cual tiene su modelo interiorizado. Unos se inclinan a exaltar los aspectos formales y casi administrativos de la vida de familia y de las relaciones que supone. El orden, la disciplina, los factores que favorecen el rendimiento parecen constituir sus valores esenciales. Desean sobre todo un ambiente familiar bien organizado y bien regulado en el que cada objeto, como cada persona, tenga su lugar propio. Otros son más sensibles a lo natural, a la espontaneidad de las relaciones, al calor afectivo. Su imagen del hogar es sobre todo la de un sitio en que cada uno se siente en su casa. Es natural que en cada uno de esos ambientes y en todos los que pueden

situarse entre esos extremos, el niño tendrá experiencias muy distintas y se formará de sí mismo y de la vida una imagen muy diferente. En otra perspectiva, puede distinguirse a padres que tengan una visión predominantemente reiterativa de la familia. Su ambición implícita es recomponer, con otros partícipes, la imagen del ambiente familiar de que salieron. Su imagen directriz es la de una familia cuya estructura y cuyos modos de funcionamiento tienen algo de arcaico con relación al presente. Otros tienen aspiraciones esencialmente progresistas. Tratan de crear un ambiente totalmente distinto del que han conocido. Desean hacer experiencias. Esas actitudes parecen repercutir mucho en las

modalidades educativas actuales. Elder ha podido evidenciar el hecho de que los padres tradicionalistas tienden a conceder más importancia a la distinción y a las sanciones que los padres progresistas, quienes tienen sensibles

más contactos e interacciones con sus hijos que los primeros. Los adultos tienen estereotipias respecto al niño, en general, y a su lugar en la familia. Unos se ven seducidos por el encanto y la ingenuidad infantiles. Otros no ven en el niño más que perjuicios, fuente de incomodidades y disgustos. Algunos ven en él una ocasión de afanarse y sacrificarse en incesantes desvelos y cuidados. Otros son sensibles al devenir humano y se apasionan con la idea de ser respetuosos testigos de tan prodigiosa aventura. Para unos, el niño es un animalito que conviene dejar a un lado. Para otros, es normalmente el centro de la familia e incluso su principal razón de ser. Todas estas actitudes tienen repercusiones en el comportamiento de los padres. Pero es claro que el propio niño suscita reacciones que no se reducen siempre ni exactamente. Exclusivamente a lo que se ha convenido en llamar el amor.

paterno. Las circunstancias que hayan precedido o acompañado a la venida del niño, sus características físicas y psicológicas, las consecuencias resultantes de su presencia para los padres y su comportamiento, pueden tener por consecuencia que el niño sea para ellos una fuente de alegría y de gratificación, pero también a menudo puede ser causa de decepción y frustración o tal vez en algunos casos un simple hecho al que sólo queda adaptarse. La aceptación no consiste evidentemente en adular al niño, en ensalzarle y someterse a todos sus caprichos, sino en quererle y amarle en consideración, en su valor propio de ser humano. Lo que importa cuando se considera el desarrollo y la personalidad de un niño es determinar cómo se sitúa la actitud fundamental de sus padres con relación a la aceptación y al rechazo, habida cuenta que las manifestaciones pasajeras son las que más se han hecho en la vida. Las manifestaciones pasajeras de relativo rechazo pueden aparecer ocasionalmente, incluso en los padres más acentuados.

aceptantes. Hay buenas razones para pensar que al lado de su comportamiento, la manera en que los padres hablan de sus hijos a un tercero puede proporcionar un excelente indicio de su grado de aceptación. No es raro que los mismos niños resulten mejores informadores que los mismos adultos. Sus declaraciones y sobre todo sus expresiones indirectas por medio del juego, del dibujo o de pruebas proyectivas son en general completamente sintomáticas de lo que viven en relación con sus padres. La actitud de aceptación parece tener efectos que se manifiestan al nivel del comportamiento del niño. Tales efectos podrían resumirse por las nociones del sentimiento de seguridad y de confianza en sí y se traducen en una orientación progresiva hacia el mundo y la gente, en el deseo de crecer, en la capacidad de aceptar y de aceptar. La actitud de aceptación es la actividad de aceptar y de aceptar.

lado una neta diferencia entre los sujetos aceptados y los que se describen como superprotegidos, rechazados, descuidados o sometidos a una autoridad tiránica. La variable aceptación-rechazo parece relacionarse muy profundamente con la estructura de la personalidad y con la historia personal de cada adulto, pero es probable que pueda ser influida por otros factores menos individuales, como sugieren las comprobaciones de Borchinal, según las cuales las madres, de una manera general, son más aceptantes que los padres, las madres menos jóvenes más que las jóvenes, y los padres tienden a serlo

tanto más cuanto mayor es su nivel de instrucción. ¿Qué opinas de la nueva normativa de la ley de la justicia?

Gracias.